

LOS MERCENARIOS ESPAÑOLES EN LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

por ANTONIO GARCIA Y BELLIDO
Catedrático de la Universidad de Madrid

II *

DE CANNAE (216) HASTA EL 211

Cannae: Comienzo de agosto del 216

De las elecciones consulares del año 216 habían salido electos G. Terentius Varro, del partido popular, un hombre de poco ascendiente, y L. Aemillus Paulus, del partido conservador, personalidad de brillante carrera militar (Illyria, 219). Los romanos, estimulados por los apremios de sus aliados itálicos, que veían con desesperación los daños que Hannibal causaba impunemente en sus tierras, decidieron no rehuir ya la batalla para la cual se creían preparados.

Ante la trascendencia de las jornadas que se aproximaban y escarmentada de las pasadas derrotas, Roma, sacando fuerzas de flaqueza y en un supremo y admirable esfuerzo, logró poner en pie de guerra ocho legiones bien equipadas, cada una de ellas de 5.000 hombres (sin contar las tropas aliadas), cosa hasta entonces —dice Polybio (III 107, 9) —nunca vista. Si a esta cifra añadimos las de los jinetes (300 por cada legión) y las de los aliados, que sumaban tanto como las romanas, se llega a la cantidad verdaderamente excepcional entonces de unos 87.000 hombres, cifra dada tanto por Polybio (III 113, 5) como por Livio (XXII 36. 4) y aceptada por los historiadores modernos como muy verosímil.

Por aquellos mismos días, Hierón de Syrakussai había enviado a Ostia una flota con grandes cantidades de víveres, 1.000 sagitarios y honderos que, al decir de Livio, eran «excelentes para

* Véase el número anterior de esta Revista.

oponerlos a los baleares, moros y demás combatientes que luchan a distancia» (Liv. XXII 37, 8) y, sobre todo —como presente de buen agüero— una enorme Victoria de oro de 320 libras de peso, con la cortés súplica de que la conservaran perpetuamente.

Transcurrieron algunos días en escaramuzas y encuentros parciales sin más consecuencias que poner de relieve en el campo romano las discrepancias y rivalidades de fondo político entre Varro, hombre con fama de irreflexivo y arrogante, y Aemilius Paullus, más comedido y prudente, rivalidades que parece advirtió el general cartaginés.

Impaciente Varro por llegar a la batalla sin más dilaciones, un día en que recaía sobre él el mando de los dos ejércitos consulares y que, por tanto, podía anular la opinión de su colega, movió de su campamento a ambos ejércitos. Varro hizo cruzar el Aufidius (actual Ofanto) al mayor de sus campamentos. Se dió, pues, el primer paso para la gigantesca batalla.

Varro desplegó en línea de combate casi todas las fuerzas romanas, los 87.000 hombres. En el ala derecha, que se apoyaba en el río, dispuso a su caballería romana mandada por Aemilius Paullus; en el ala izquierda, la caballería de los aliados, capitaneada por Varro en persona, y en el centro la infantería legionaria a las órdenes de G. Servilius. La vanguardia la formaban los combatientes con armas arrojadizas y los *auxilia* armados a la ligera.

Varro desplegó en línea de combate casi todas las fuerzas romanas, los 87.000 hombres. En el ala derecha, que se apoyaba en el río, dispuso Polybio como por Livio, sigamos a estos autores de cerca. He aquí como lo cuenta Polybio, el más digno de fe: «Entre tanto, Hannibal hizo pasar el río a sus baleares y lanceros y los apostó al frente del ejército. Sacó del campamento al resto de sus tropas, las hizo pasar el río por sus dos partes y las opuso al enemigo. En la izquierda situó a la caballería ibera y celta apoyada en el mismo río y en contraposición a la romana. A su lado alineó la mitad de la infantería libya pesadamente armada. Seguían después los iberos y celtas, con los que estaban unidos los de la segunda mitad de libyos. La caballería nómada ocupó el ala derecha» (Pol. III 113, 6-7). Livio (XXII 46, 1-3) viene a decir lo mismo.

Esta es la disposición adoptada por Hannibal en respuesta a la tomada por Varro. Marhabal mandaba el ala derecha con la caballería nómada, Asdrúbal la izquierda con los iberos y galos, Hanni-

bal y su hermano Magón el centro, con los infantes. En cuanto a los efectivos cartagineses eran inferiores en un tercio, aproximadamente, con respecto a los romanos. En total el ejército púnico de *Cannae* sumaba algo más de 50.000 hombres, incluyendo en ellos los 25.000 ó 30.000 galos auxiliares (1).

¿Qué número de iberos había en este ejército? Los textos no lo dicen expresamente para esta coyuntura, pero cabe hacer un cálculo ateniéndose a las cantidades suministradas por Polybio ya recogidas anteriormente. Hay que partir de aquellos 8.000 infantes y 2.000 ó 3.000 jinetes que se contaron no bien Hannibal superó los Alpes (Pol. III 56, 4. Cfr. en el número precedente de esta *Revista* las páginas 11 y ss.). Si de estos 10.000 u 11.000 hombres en total, deducimos unos 2.000 a cargo de las pérdidas habidas desde el Tesino hasta la víspera de *Cannae*, nos quedan unos 8.000 ó 9.000 hombres poco más o menos. El cálculo de pérdidas lo baso en los mismos textos, pues según Polybio, en *Trebia* fué muy corto el número de bajas entre los iberos (Pol. II 74, 10). En el *Trasimeno* las pérdidas cartaginesas fueron en total 1.500 hombres, de ellos la mayoría galos, según el historiador griego (Pol. III 85, 5). Las demás batallas y encuentros fueron sin duda menos sangrientos todavía. Así, pues, me parece prudente el calcular para los iberos, entre los Alpes y *Cannae*, una mengua no mayor de 2.000 hombres. Probablemente fueron menos. Como no hay noticias de que hubiesen llegado a Italia aún refuerzos enviados desde España (como pronto ocurrirá), en la batalla de *Cannae* que se avecinaba iban a tomar parte unos 8.000 españoles, cantidad que supone la tercera parte de las tropas cartaginesas que pudiéramos llamar regulares y un sexto del total, contando los *auxilia* cisalpinos reclutados ya en Italia y cuyo número parece fue de unos 25.000 hombres. De estos 8.000 ó 9.000 iberos, la mayoría parece ser que formó en la caballería.

Del aspecto y armamento de este complejo ejército cartaginés en el que aparte los púnicos mismos —pocos en cantidad— figu-

(1) Estas cifras son distintas en otros autores y no casan tampoco con la deducible del recuento de víctimas después de la batalla. Ya Livio (XXII 36, 1) hace constancia de este desacuerdo: *et numero et genere copiarum variant auctores ut vix quicquam satis certum affirmare ausus sim*. Pero recogemos las cifras aceptadas generalmente, sin tratar de resolver un problema cuya discusión aquí sería tan ociosa como inútil.

raban libyos, númeridos, iberos, baleares y galos cisalpinos, da cuenta ligeramente Polybio, dedicando mayor atención a los iberos. He aquí el párrafo polybiano en su totalidad: «Los libyos estaban armados a la romana, pues Hannibal los había vestido con los mejores despojos obtenidos en la batalla anterior (2). Los escudos de los iberos y galos eran similares, pero las espadas eran distintas: las de los iberos herían tanto de punta como de filo, mas las de los celtas herían de tajo sólo, y ello a cierta distancia (3). Estas tropas estaban alternativamente situadas por manipulos, los galos desnudos (4); los iberos cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura a la costumbre de su país (5), ofreciendo un espectáculo que causó extrañeza y espanto a los romanos» (6). Sin duda sería de púrpura los bordes, a juzgar por lo que dice Livio, más claro en

(2) Se refiere a la batalla del lago Trasimeno, tras la cual repartió entre ellos las armas de los romanos muertos o cautivos. Vide Pol. III 87, 3

(3) El escudo típicamente ibérico era una rodela, la *caetra*, pequeña y circular. El galo era bastante mayor y de forma casi rectangular o más bien elíptica. Uno y otro los conocemos bien por representaciones gráficas y hallazgos arqueológicos. Si aquí se dice que ambos pueblos usaban de escudos muy semejantes, es que los iberos debieron adoptar ya entonces el escudo oblongo llamado de La Tène, el mismo que exhiben los guerreros de los vasos de Liria, posteriores en más de un siglo a *Cannae*, a no ser que se piense en todo lo contrario, es decir, que los galos de *Cannae* adoptaron la *caetra* hispana, cosa también posible por su mayor ligereza y eficacia en el cuerpo a cuerpo (cfr. *AEArq.* 16, 1943, 89 ss.). En todo caso el escudo largo no prosperó en España, que siguió haciendo uso siempre de la rodela pequeña, hasta el punto que los *auxilia* que los romanos reclutaron después en la Península eran llamados *caetrati* por antonomasia. Respecto a la espada ibérica es indudable que alude Polybio a la falcata, arma temible de la que tenemos información gráfica abundante, ejemplares originales e incluso descripciones coetáneas. Livio (XXII 46, 5) la describe mejor comparándola con la espada gala y diciendo: *gallis praelongi ac sine mucronibus, Hispano, punctum magis quam caesim adueto petere hostem, breuitate habiles et cum mucronibus*. Como esta arma, así como el escudo redondo, son casi privativos de las gentes del Sur y del Oeste de la Península, se deduce que los iberos de *Cannae* debían de ser en su mayoría de estas regiones.

(4) De medio cuerpo, aclara Livio (XXII 46, 6).

(5) ... τῶν δὲ Ἰβήρων λενοῖς περιποφόροις χιτῶνίσκοις κεκοσμημένον κατὰ τὰ πατρία Pol. III 114, 4.

(6) Este atavio ibérico lo conocemos por una gran cantidad de esculturillas de bronce halladas en los santuarios ibéricos del Sur y Sudeste (Despeñaperros, La Luz, cerca de Murcia) y por un buen número de relieves en piedra. Véanse las figuras de las láminas I a IV y las explicaciones de la pág. 23. Véase también fig. 12.

este punto que Polybio. Según el historiador latino las túnicas iberas eran de lino, extraordinariamente blancas y orladas de púrpura (7).

El despliegue de las fuerzas parece tuvo lugar en la llanura próxima a la Masseria di Basso, en su lado E., entre ella y la Masseria

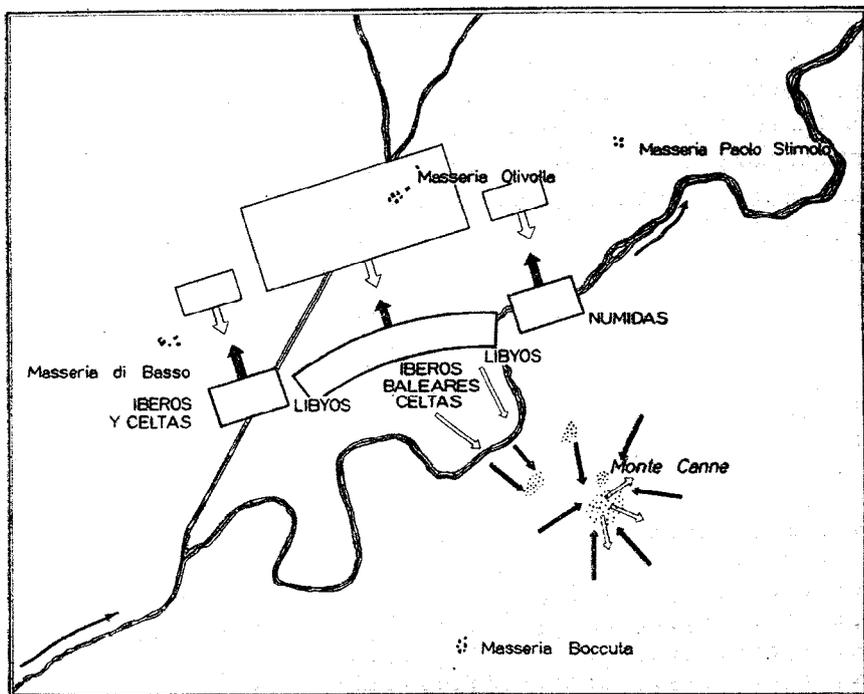


Fig. 1. Batalla de *Cannae*. Despliegue de los ejércitos romano (blanco) y cartaginés (negro). En éste se anotan las nacionalidades que lo componían. Las flechas sueltas indican la dispersión de los romanos que al finalizar la batalla buscaron refugio en el *Monte di Cannae* (blancas) donde, asediados por los cartagineses (negras), perecieron. Sus enterramientos (fig. 10 y 11 en la lám. IV) van señalados con zonas de punto (Cfr. fig. 9 de la lám. III). El Ofanto corre en la dirección de las flechas, hacia el NE

di Paolo Stimolo, al E. Los cartagineses tendrían por consiguiente a su espalda el Ofanto y más atrás, hacia el SE., el Monte de Canne (fig. 8).

La batalla comenzó al amanecer del 2 de agosto de año 216.

En realidad, y puesto que no se habían hecho aún las reformas del calendario (éstas datan de César), la fecha exacta hay que retro llevarla cincuenta días atrás, es decir, hacia el 12 de junio, con lo

que concuerda Polybio al aludir a las «primeras mieses» que en esta región se recogen en junio.

Según los autores clásicos el ejército romano se alineó de cara al mediodía, el carthaginés mirando hacia el Norte. Cuando salió el sol —precisa Polybio— ni a uno ni a otro daba. Mas como el sol aparece el 2 de agosto, no al Este equinocial, sino con un azimut de 60° se deduce que los romanos se alinearon mirando hacia el SSE. y los carthagineses hacia el NNO. Livio añade que el viento llamado *volturmus*, es decir el *favonius*, viento sofocante del Oeste, soplabá contra las huestes romanas cubriéndolas de polvo y cegándolas. Las interminables controversias entre los comentaristas modernos acerca de si la batalla se dió a la derecha del Ofando o a la izquierda, parecen hoy zanjadas con el hallazgo de las necrópolis de las que hablaremos más adelante, según las cuales puede deducirse que la batalla hubo de comenzar a la izquierda, en los campos al E. de la Masseria di Basso, como ya hemos dicho, pero se desarrolló principalmente en el SSE, en dirección del Monte di Canne, a cuyos pies tuvo lugar la gran carnicería final. Es aquí donde se han descubierto los enterramientos antes aludidos (8).

(7) Textualmente: *Hispani linteis praetextis purpura tunicis candore miro fulgentibus constitierant*. Liv. XXII 46, 6.

(8) El desarrollo de la batalla de *Cannae* ha sido multitud de veces glosado y expuesto tanto en su total transcurso como en sus diversos momentos y ello no sólo por los críticos militares sino también por los historiadores. Aquí no nos interesa narrar el curso de la batalla, sino aquello que puede servir como de marco general donde ir encuadrando los distintos episodios en que son citadas las tropas españolas, cuyo juego fue muy importante como ahora se verá. Quienes quieran más informes sobre el desenvolvimiento de la acción de *Cannae* deben consultar las obras clásicas de Kromayer, De Sanctis, Kahrstedt, Gsell, Pais, Lehmann, Judeich, Pareti, von Schlieffen, Delbrück, Gianelli, De Vecchi, Ludovico, etcétera. Respecto a las fuentes, las primeras y casi las únicas, son Polybio, que escribe a mediados del siglo II antes de J. C. y que aún pudo hablar incluso con algunos coetáneos (Cfr. Pol. III 48, 12) y Livio, que redacta su obra hacia fines del siglo I a. J. C. Siguenle ya a gran distancia una caterva de autoridades menores, como Silius, Appianós, Plútarchos, Floro, Cassius Dio (en Zonarás), Eutropio y alguno más. Parece que la fuente primera en que bebió Polybio manaba de los escritos de Silenós y Sósylos, dos historiadores griegos que acompañaron a Hannibal en sus campañas. Por ello los datos de Polybio, aquí como en las demás ocasiones, son en general más seguros y verídicos que los procedentes del historiador latino, y tienen la ventaja de darnos con frecuencia noticias de origen carthaginés, en casos tan importantes como los de la lámina de bronce del Heraion de Kroton (cfr. Fol. III 33, 17-18; 56, 4). Las fuentes de Livio para esta parte son los analistas romanos Coelius y Antias, principalmente.

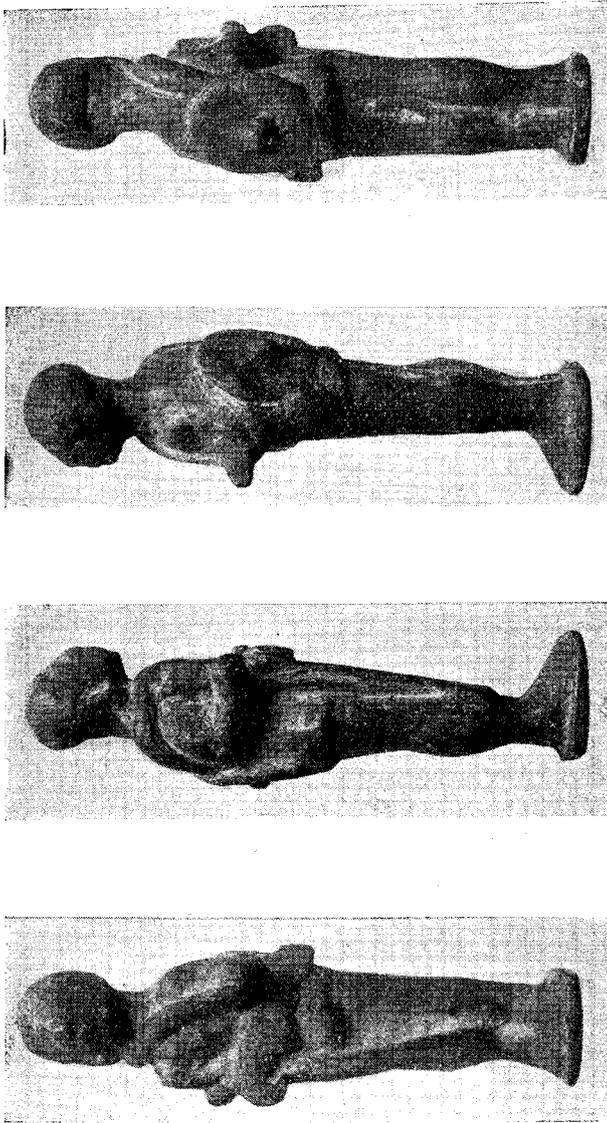


Fig. 2. — Bronces ibéricos representando guerreros (ver su explicación en la página 23).

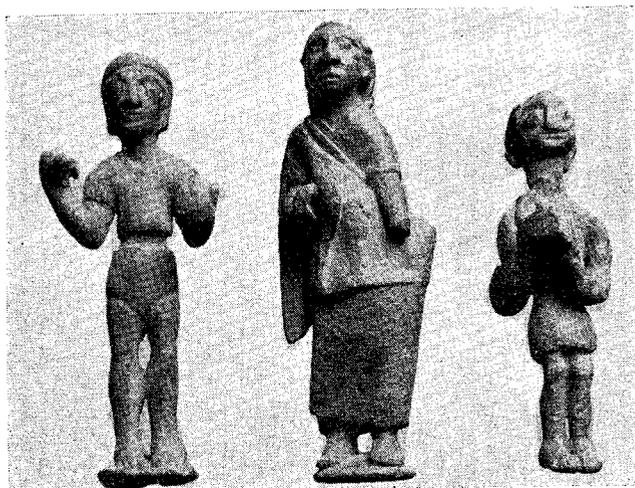


Fig. 3.

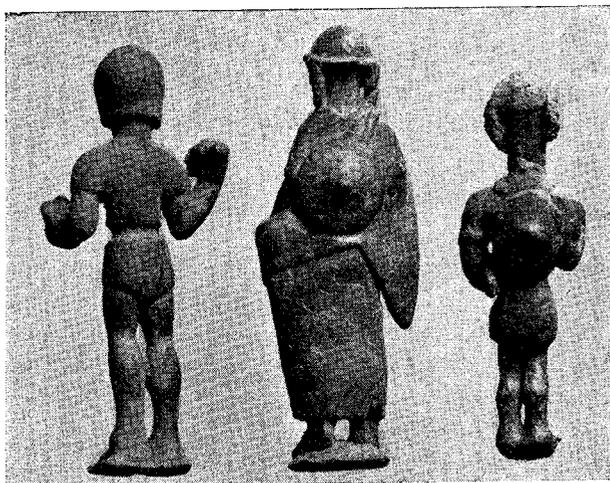


Fig. 4.

Bronces ibéricos representando guerreros (ver su explicación en la página 23).

Polybio comienza a narrar el trascendental encuentro con estas palabras: «En cuanto [Hannibal] distribuyó todas sus tropas sobre una línea recta tomó la mitad de las unidades iberas y galas y avanzó» (Pol. III 113, 8). Con esta maniobra Hannibal arqueó la línea del frente dejando a las alas algo retrasadas iniciando, como dice Polybio, la media luna famosa. La parte convexa la constituían los iberos y libyos y los cuernos las dos alas extremas. «Su propósito —explica Polybio— era que los libyos sostuviesen a los iberos y celtas, que habían de entrar los primeros en acción» (Pol. III 113, 9). «Esta —prosigue el historiador griego— comenzó por la infantería ligera, que iba al frente. De una parte como de otra fueron iguales las ventajas. Pero desde que la caballería ibera y celta de la izquierda se hubo acercado, los romanos se batieron de verdad y como bárbaros» (Pol. III 115, 2). Ya no peleaban siguiendo las normas, retrocediendo y volviendo a la carga, sino que, metidos en la refriega, saltaban de sus caballos midiendo en tierra, y cuerpo a cuerpo, sus fuerzas con el enemigo. La mayoría de los romanos murieron en la lucha defendiéndose con denuedo. El resto, perseguido a lo largo del río, pereció a cuchillo sin piedad.

Este terrible y primer choque de caballería fué decisivo, pues vencidos los jinetes romanos ante el empuje de iberos y celtas, se hundió toda su ala derecha, quedando libre a los cartagineses su ala izquierda, que emplearon para reforzar la derecha según veremos. El texto de Livio (XXII 47, 1) coincide en líneas generales con el de Polibio como de costumbre.

Mientras tanto en el sector central los romanos lograron penetrar a través de iberos y galos, perforando sus líneas. Pero era lo que buscaba precisamente Hannibal. Veamos como describe el momento Livio, que es algo más explícito que Polybio en este pasaje: «Al principio los galos e iberos resistieron con igual valor y energía. Pero los romanos, después de insistentes y continuos esfuerzos y gracias a sus líneas compactas y profundas, rompieron al fin el frente enemigo, poco profundo y, por tanto, endeble, que avanzaba en cuña fuera de la línea de batalla» (Liv. XXII 47, 4-5). Polybio dice: «La infantería pesada vino a ocupar el lugar de la ligera y entró en combate. Durante algún tiempo guardaron la formación y los iberos y celtas resistieron con valor, pero arrollados por el empuje de las legiones cedieron y volviéron pie atrás abandonando la formación en media luna» (Pol. III 115, 5).

El plan de Hannibal se había logrado, pues vencidos los infantes iberos y galos, que combatían en el centro, dieron lugar a que los vencedores, enardecidos por la victoria, se adentraran tanto en las líneas galas que, inadvertidamente, se vieran cogidos en los flancos por los libyos que estaban en reserva preparados para este oportunos momentos en alas curvas, mientras galos e hispanos avanzaban en el centro (Liv. XXII 47, 7). Encerrados, pues, los romanos dentro de estas tenazas y viéndose, además, atacados por detrás, «abandonan un combate ya inútil, dejan a los iberos y galos, cuya retaguardia habían destrozado, y comienzan con los africanos un combate nuevo, doblemente desigual, porque se encontraban encerrados y reducidos a hacer frente por todas partes y por que, fatigados, tenían que luchar con tropas frescas» (Liv. XXII 47, 8 ss.). «Desde este momento los romanos ya no pelearon en falanges, sino de hombre a hombre y por grupos, teniendo que hacer frente a los que les atacaban por los flancos» (Pol. III 115, 12).

Mientras se luchaba en el centro, Aemilius Paullus, que mandaba el ala derecha derrotada por los jinetes galos e iberos como hemos dicho, advirtiendo que el éxito solo dependía ya de la infantería legionaria, atraviesa las líneas y entra en la ayuda de sus infantes con un denuedo que quedó como ejemplar. Pero su gesto fue inútil.

Hemos descrito, siguiendo a Polybio y Livio, la derrota del ala derecha romana y el desarrollo, hasta este momento indeciso, de la lucha en el centro. Veamos ahora lo que simultáneamente ocurría en el ala izquierda romana. Aquí también iberos y galos representaron un papel preponderante, pues, no bien acabaron de dar cuenta del ala derecha enemiga, que mandaba Aemilius Paullus, Asdrúbal, al frente de sus jinetes victoriosos, partió en ayuda de los númidas de Hannón, complicados en dura batalla con los *auxilia* que obedecían a Varro y formaban el ala izquierda del romano. Veamos en Polybio el desarrollo de esta interesante fase: «Los númidas del ala derecha que contendía con la caballería romana del ala izquierda, aunque por su peculiar modo de luchar, ni hicieron ni sufrieron daños de consecuencia, no obstante, atacando al enemigo por doquier le tuvieron siempre entretenido. Pero cuando derrotada la caballería romana que se apoyaba en el río, excepción hecha de muy pocos, vino Asdrúbal desde la izquierda al socorro de sus númidas, la caballería auxiliar de los romanos, presintiendo el ataque, volvió la

espalda y se puso en fuga. Cuentan que Asdrúbal en esta ocasión llevó a término un acto sagaz y prudente: viendo el gran número de númidas que tenía y conoedor de la habilidad y vigor con que perseguían a los que una vez vuelven la espalda, les envió al alcance de los que huían, y él, a su vez, acudió con el resto al campo de batalla para prestar su ayuda a los libyos. En efecto, carga por la espalda sobre las legiones romanas y las embiste sucesivamente por escuadrones en diversas partes, con lo que no sólo animó a los libyos, sino que abatió y atemorizó el ánimo de los romanos. Fué entonces cuando Aemilius Paullus, cubierto de graves heridas, perdió la vida en el mismo campo de batalla...» (Pol. III 116, 5-9).

La narración polybiana no hace aquí mención expresa de los iberos, pero van implícitos entre los jinetes de Asdrúbal, que, como ya se ha dicho, eran iberos y celtas. Livio, en cambio, habla de ellos citándolos en un episodio que, sin duda, procede de fuente romana. Parece ser que quinientos númidas con armas ocultas simuláron pasarse al enemigo. Mientras el combate se generalizaba permanecieron quietos, pero luego, aprovechando una ocasión propicia, cogiendo escudos del propio campo de batalla, cayeron sobre la retaguardia cundiendo la derrota entre los jinetes itálicos. «Asdrúbal —añade Livio— mandó retirar a los númidas que estaban inactivos y los envió en persecución de los fugitivos para sostener con la caballería española y gala a los africanos, cansados ya más de matar de que combatir (Liv. XXII 48, 6).

La lucha siguió ya en términos desesperados para las bravas legiones romanas. Los hombres caían a centenares. De los generales (habiendo muerto ya Aemilius Paullus, Attilius y Servilius) sólo quedaba Varro, que huyó con unos cuantos refugiándose en *Venusia*, pero perseguido de cerca por los númidas. La flor de la juventud y de la nobleza romana y el ejército más ingente hasta entonces conocido, todo, se perdió en aquella batalla inolvidable, una de las más sangrientas de toda la Antigüedad. De los 87.000 hombres que tomaron parte en el campo romano perecieron unos 70.000 y se hicieron más de 10.000 prisioneros. En cuanto a los cartagineses, sus pérdidas fueron verdaderamente ínfimas en relación con las de sus enemigos. Dice Polybio que Hannibal perdió 4.000 celtas, 1.500 iberos y libyos y 200 caballos (Pol. III 117, 6). Para Livio esta cantidad sube a un total de 8.000 (Liv. XXII 52, 6). En efecto, parece pequeña la cantidad que da Polybio, tanto que uno

se ve propenso a preferir la de Livio. Polybio se informó acaso de una versión oficial cartaginesa, quizá de Sósylos o Silenós, lo que quizá lo haga un tanto parcial.

Es curioso subrayar que de las tropas iberas el arma que rindió más en la batalla fué la caballería. A ésta, juntamente con la de los galos cisalpinos, mandados todos por Asdrúbal, debió Hannibal parte muy importante de su victoria. Ellos vencieron primero a la caballería romana del ala derecha mandada por el heroico Aemilius Paullus. Luego, su sola presencia, hizo huir a la caballería del ala izquierda, mandada por el inepto y petulante Varro. Y, finalmente, vencidas las dos alas, fueron de nuevo los jinetes iberos y celtas los que con su intervención eficaz ayudaron a los infantes libyos, iberos, galos y baleares, que mandaba Hannibal en el centro, a vencer a las legiones romanas muy superiores.

En cuanto a los infantes no fue tampoco pequeño el papel desempeñado. La infantería española (iberos de diversas regiones y baleares) unida a la gala (celta en Polybio), sufrió tenazmente la impetuosa y arrolladora acometida del centro romano, viéndose precisada a retirarse ya deshecha, facilitando así el movimiento envolvente que deseaba Hannibal y que consiguió con los libyos y la caballería. Todo ello costó al centro cartaginés pérdidas considerables. La mayoría de aquellos 4.000 galos y 1.500 iberos y libyos que parecieron en el combate (o, si se prefiere, los 8.000 de Livio) formaban sin duda en el centro cartaginés. Pero sería injusto no hacer valer cómo se merece la actuación de la caballería número una de las más temibles en toda la Antigüedad. Si aquí no hemos insistido más en su actuación es porque no pretendemos hacer historia, propiamente hablando, sino conocer la actuación de los iberos y baleares en estas páginas de la Historia.

Las consecuencias inmediatas de tal victoria fueron extraordinarias. En primer lugar, se deshizo casi por entero, el grupo meridional de la Confederación Itálica; los apulios, la mayor parte de los samnitas, los lucanios, bruttios, campanios, tomaron partido por los cartagineses. Luego cayeron ciudades de la importancia de *Arpi*, *Casilinum*, *Capua*, *Kroton*, *Lokroi*... En Sicilia, la misma *Syrákussai* se puso bajo la protección de Hannibal y Philippos de Macedonia buscó la alianza con el cartaginés (215). Sin embargo, el sitio de Roma no se llegó siquiera a intentar, siendo éste uno de los puntos más oscuros de la historia de Hannibal.

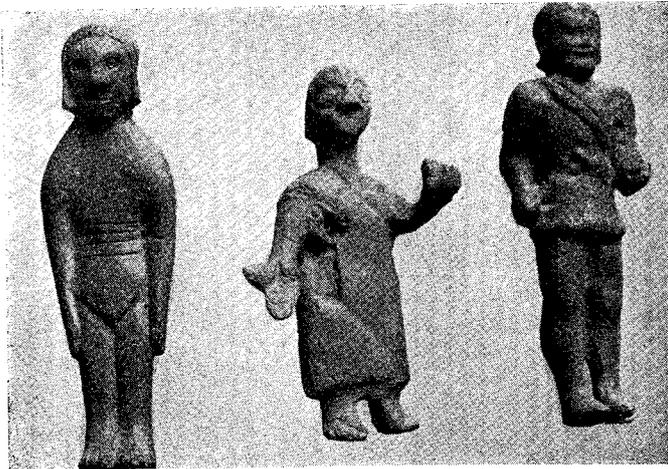


Fig. 5.

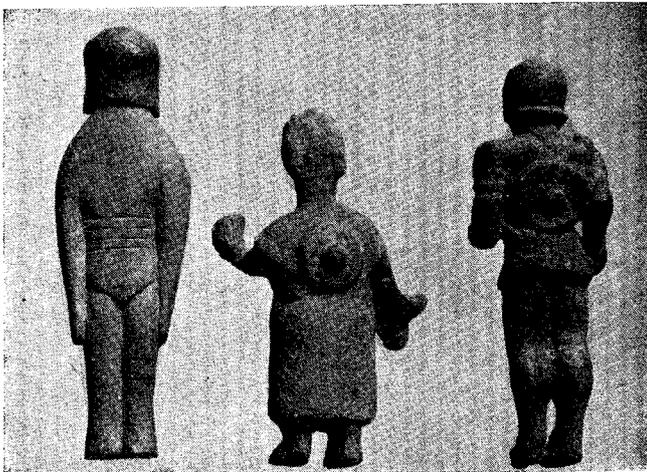


Fig. 6.

Bronces ibéricos representando guerreros (ver su explicación en la pág. 23).

LÁMINA IV

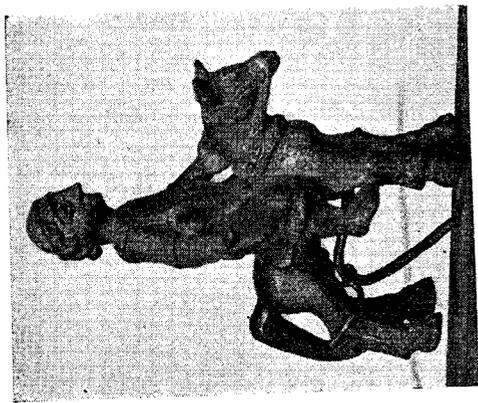


Fig. 7.—Bronces ibéricos representando guerreros (ver su explicación en la página 28).

El lugar de la batalla es conocido de siempre y lo recuerdan los topónimos actuales Fontana di Canne, Massería di Canne y, principalmente, Monte di Canne. A comienzo del siglo XVIII se señalaron en lo alto de este último las ruinas de la antigua ciudad romana, pero sólo se acometieron excavaciones sistemáticas en el año 1937-1938. En una faja de unos 8 kilómetros de longitud por uno de anchura a lo largo de la ribera izquierda del Ofanto se hicieron grandes trincheras explorativas (fig. 8) que sólo dieron fragmentos cerámicos escasos y hachas neolíticas, más unas docenas de tumbas bizantinas. Nuevas rebuscas en el lado derecho del río, al SE. de la ciudad antigua, como a casi un kilómetro de distancia de sus ruinas, dieron por resultado el descubrimiento de un gran cementerio que sin solución de continuidad se extendía, compacto y denso en restos humanos, por un área de 23.000 m² (fig. 9). Su aspecto no es el corriente en las necrópolis, donde, por lo general, todo tiene un orden y una cierta regularidad. En este cementerio aparecen los cráneos, los fémures, las costillas y las vértebras en universal desorden y mezcolanza, en capas superpuestas que a veces llegan a ser hasta seis. En este gigantesco osario se encontraron esparcidas de raro en raro algunas fosas rectangulares, por lo común con un esqueleto echado horizontalmente. Pero ni en el osario ni en estas fosas se halló ajuar funerario alguno, siendo muy raros los fragmentos de armas (fig. 10). En algunos cráneos (en órbitas y fosas nasales) se advirtió la presencia de óxido de hierro que hacen pensar en puntas de lanzas o de flechas. Las fracturas de los cráneos revelan golpes cortantes de arma de filo. Se halló tan sólo una moneda y ésta de Philippos de Macedonia, el aliado de Hannibal, pero perteneciente a la ciudad de Maróneia, en la Thracia. Hay unos esqueletos con los brazos cruzados sobre el pecho y ciertas tapas de tumba en forma antropoide, recordando modos y maneras púnicos. Los cráneos analizados muestran también analogías con otros de necrópolis cartaginesas (figura 11). Sin duda estamos aquí ante sepelios de gentes de Hannibal. Un cálculo prudente hace subir la cifra total de los allí enterrados a no menos de 45.000 ó 50.000 muertos, con una densidad media de dos muertos por metro cuadrado (9).

Los hallazgos de este impresionante cementerio vienen a corro-

(9) M. Gervasio, Scavi di Canne, *Iapiga* 9, 1938, 389 ss. e ídem *ibidem* 10, 1939, 129 ss. Cfr., también del mismo el artículo de la *Enciclopedia del Arte Antica*, s. v. (1959).

borar lo que los textos dicen. Livio refiere que Hannibal empleó todo el día siguiente a la batalla en enterrar a los suyos, que «fueron reunidos en un solo lugar». Pero los cadáveres de los romanos quedaron abandonados e insepultos durante varios meses mostrando, como dice gráficamente Strabon, «la ruina más grande de cuerpos».

Nuevas levadas de mercenarios hispanos

Habia, por lo menos, una razón poderosa para que Hannibal no se decidiera a sitiar Roma, y era las pocas fuerzas selectas con que contaba, pues los aliados y adeptos, con ir en número creciente, no eran de la calidad de los africanos, hispanos y baleares. Prueba de ello lo dan las medidas tomadas por el Senado cartaginés poco después de conocer la victoria. Acordó —nos lo recuerda Livio— por unanimidad enviar a Hannibal 4.000 númidas, 40 elefantes y... [laguna en el texto]... Respecto a las levadas en España dice el mismo historiador a renglón seguido: «También envió a España por delante a... [laguna en el texto]... con Magón para hacer allí una leva de 20.000 infantes y 4.000 caballos con el fin de reforzar los ejércitos de Italia y España» (Liv. XXII 13, 8. Magón, en efecto, estaba entonces en Carthago, según se desprende de Livio XXXII 5).

Toma de Nola 215

La derrota de *Cannae* puso en grave situación a muchas ciudades. Entre ellas a *Nola*, en Campania, cuyos habitantes, en contra del parecer de su Senado, quería unirse al vencedor. Marcellus, que tenía miedo llegara a triunfar el partido de los filocarthagineses, apresurose a acudir a *Nola* para impedirlo. El romano llegó a tiempo. Un intento de Hannibal fracasó con pérdidas de consideración, siendo esta la primera vez en la gran contienda que Hannibal conoció la derrota. «Dos días después —dice Livio (XXIII 46, 6-7)—, disgustados por algo, según creo, o con esperanza de un mejor servicio, 272 jinetes, unos númidas y otros españoles, se pasaron a Marcellus, y durante aquella guerra tuvieron muchas ocasiones los romanos de felicitarse de su valor y de su adhesión a la causa

de Roma. Terminada la guerra los españoles recibieron tierras en España y los númidas en África en premio a su valor».

Plutarchos (*Marcellus* 12) recoge también el episodio con estas palabras: «Al tercer día de la batalla se le pasaron más de trescientos iberos y númidas de a caballo, cosa que no había ocurrido antes a Hannibal, que, teniendo un ejército formado por varias y distintas gentes, los había sabido conservar por mucho tiempo en un misma voluntad. Estos permanecieron después siempre fieles a Marcellus y a los generales sus sucesores».

Caída de Arpi. 213.

Esta ciudad, sita en el N. de Apulia, habíase pasado a los púnicos tras de Cannae. Pero viendo que la situación política y militar cambiaba, creyó oportuno ofrecer a los romanos, a la inversa de lo que había ocurrido poco ha en *Nola*. Con el ánimo de secundar eficazmente los deseos de los de *Arpi*, Fabius Maximus partió de *Suesula*. Fabius se colocó a unos quinientos pasos de sus reductos y comenzó por hacerse cargo de la situación defensiva de la ciudad sitiada. Percatado de que su sector más fuerte se hallaba más desguarnecido y descuidado, por medio de una hábil estratagema logró meterse de noche en la ciudad ayudado por un temporal que facilitó grandemente sus movimientos ocultándolos al enemigo. Al despuntar el alba y calmada la tormenta diéronse cuenta tardíamente los enemigos del peligro que corría la ciudad, teniendo en el interior ya a los romanos. La guarnición carthaginesa sumaba unos 5.000 hombres al decir de Livio (XXIV 47, 1-2) a los que había que añadir unos 3.000 vecinos armados. En las tropas carthaginesas regulares había poco menos de mil hispanos (Liv. XXIV 47, 8) (10).

El hecho es que la lucha se generalizó en las calles, dando ocasión a que los ciudadanos de *Arpi* que militaban, acaso a la fuerza, en favor de los carthagineses, convinieran en pasarse a los romanos como lo hicieron. «También los españoles —dice Livio (XXIV

(10) Los 5.000 hombres parece una exageración de Livio o los analistas. No se comprende la fácil caída de la ciudad con esta guarnición. Quizás no fuesen sino los mil iberos mencionados y algunos más de otras nacionalidades.

47, 8)— pasáronse al cónsul con la única condición de que la guarnición carthaginesa saliera de la ciudad sin daños. Abriéronse las puertas y, en fiel cumplimiento de lo prometido, se fueron hacia Hannibal con quien se unieron en *Salapia* sin contratiempo alguno». Esta acción caballeresca y noble de los iberos para con sus commilitones contrasta con otras, anteriores y posteriores, en las que los carthagineses no tuvieron inconveniente en pactar su propia salvación con vergonzoso abandono de sus mercenarios.

Livio añade que «los españoles recibieron ración doble y la República halló muchas ocasiones de experimentar su valor y su fidelidad» (Liv. XXVI 47, 11). Esta doble ración ha de entenderse no por una vez —recompensa mezquina—, sino un equivalente de lo que en el ejército romano se llamó *duplicarius*, por recibir doble paga que el soldado raso.

Los mercenarios iberos en Capua. 214 y 211.

La rápida recuperación de las fuerzas de Roma tras de la batalla de *Cannae* puso justificado miedo en el ánimo de los campanios, que comenzaron a temer que la ofensiva romana se iniciase con la recuperación de *Capua*, cabeza de Campania, entonces en poder de los de Carthago. Los campanios, ante su temor, mandaron rogar al general carthaginés que acudiese con el grueso de sus huestes en su socorro. Temiendo el peligro advertido, Hannibal abandonó *Arpi*, en la Apulia, y llevó su ejército a acampar a su antigua residencia del monte *Tifata*, al N. de *Capua*. «Dejó allí —dice Livio XXIV 12, 4— un destacamento compuesto de númidas y españoles con el designio de que defendieran *Capua* y el campamento». El abandonó el lugar con el resto de sus fuerzas y se fue al lago *Averno*, cerca de *Puteoli*, como si fuera a sacrificar, pero en realidad con el ánimo de atacar a la guarnición de esta última ciudad y rendir también *Neapolis* que había permanecido fiel a los romanos. Tal hecho se sitúa en el año 214.

En 212 los romanos —como se esperaba— comenzaron el sitio formal de *Capua*, que tras duras luchas hubo de terminar con la recuperación de la ciudad que hasta entonces siguió siendo carthaginesa. Con tal ocasión Livio menciona repetidas veces a los españoles mercenarios de Hannibal. Veamos cómo y cuándo:

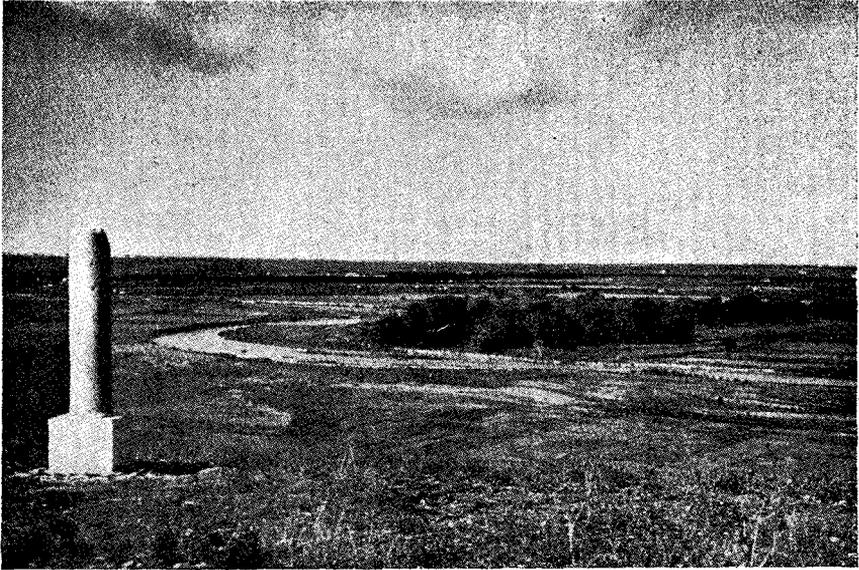


Fig. 8. — Vista de la llanura del Ofanto donde se desplegaron los ejércitos. Tomada desde el Monte di Cannae, en el que se ve la columna conmemorativa erigida en 1939 (cfr. fig. 1).

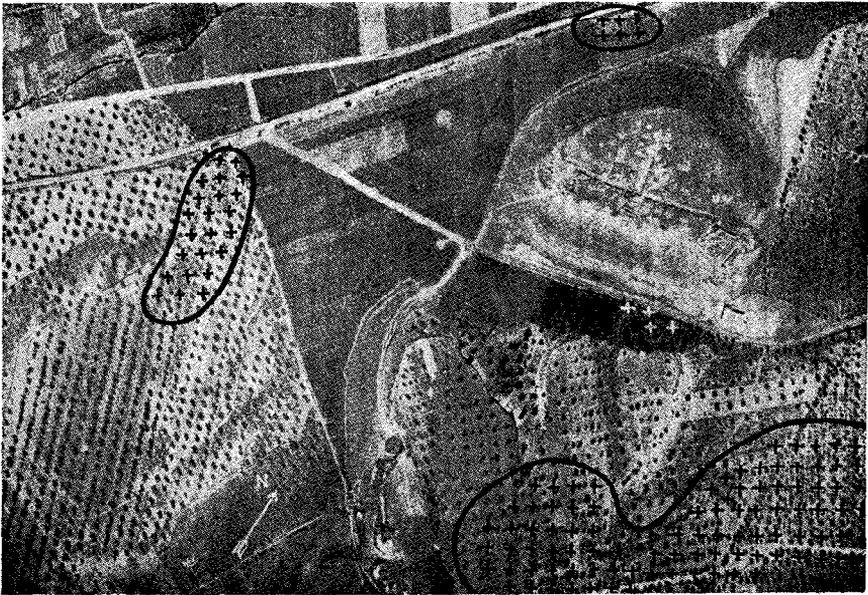


Fig. 9. — Vista aérea del Monte di Cannae y sus cercanias, con las áreas de enterramientos excavadas entre 1937 y 1938 (cfr. fig. 1).

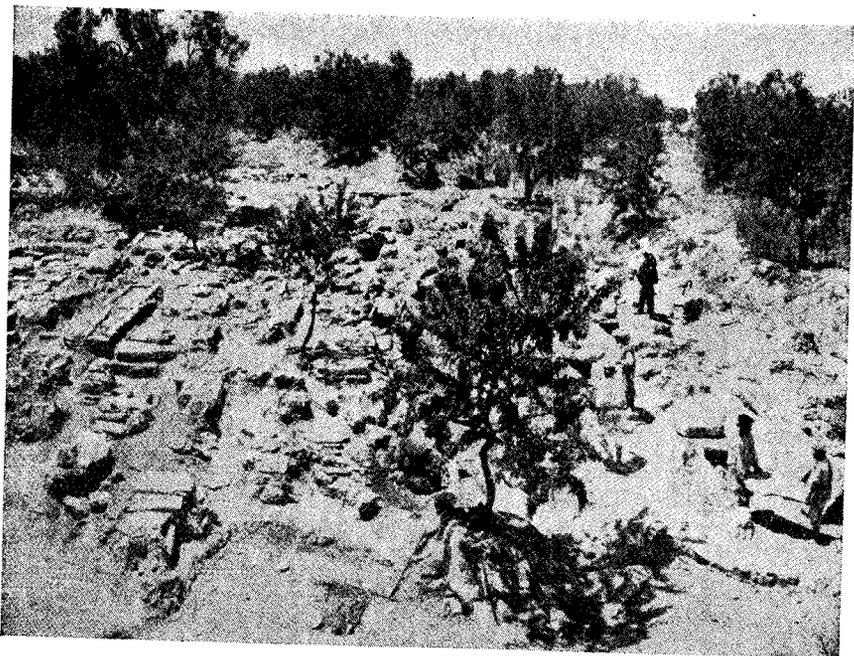


Fig. 10.—Una de las áreas de enterramientos al pie del Monte di Cannae durante las excavaciones.

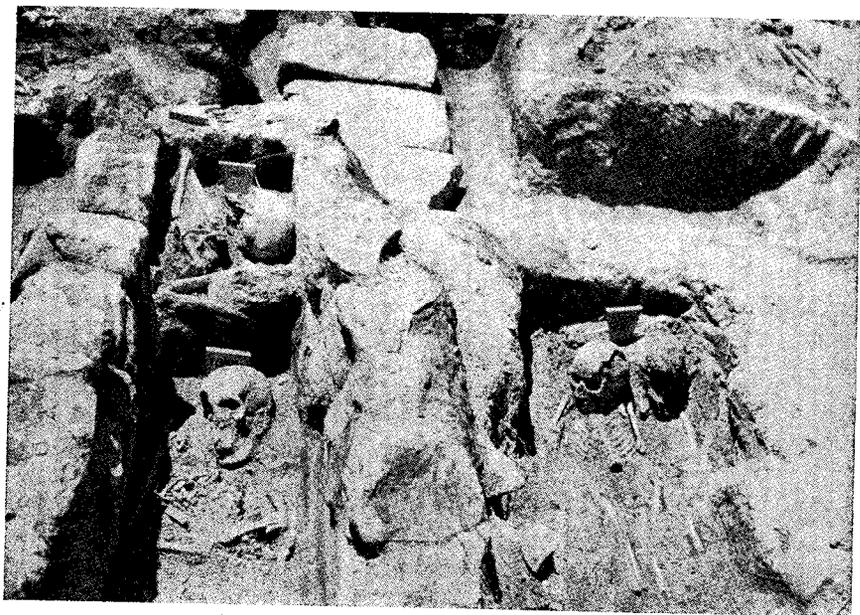


Fig. 11.—Sepulcros, probablemente de cartagineses, hallados en uno de los cementerios de Cannae.

El carthaginés ocupábase a la sazón en el sitio de Taras (*Tarentum*), al Sur de Italia. Pero las malas noticias recibidas de *Capua* le obligaron, bien a su pesar, a subir a *Capua* abandonando por el momento el *Bruttium*. Llevóse consigo a aquellos infantes y jinetes que consideró más aptos para una marcha forzada. Entre ellos iban parte, al menos, de sus mercenarios iberos, según veremos. Llegó al pie del monte *Tifata* que domina la Campania sobre *Capua*. Púsose en contacto con la guarnición de la ciudad mandada por Hannón y Bostar, e inicia al tiempo una operación combinada que obligó a los romanos a dividir sus huetes, encargándose Appius Claudius de contener a los campanios y Fulvius a Hannibal.

Este último vióse en gran aprieto, pues «la sexta legión perdió allí terreno y fue rechazada por una cohorte de hispanos que con tres elefantes penetró hasta los parapetos» (Liv. XXVI 5, 11). Habían perforado el centro romano amenazando forzar el campamento aún a riesgo de verse cortada por sus propias tropas. Viendo Fulvius el temor de la legión y el daño hecho en su campamento, envió a Navius y otros primeros centuriones con la perentoria orden de dejar vía libre a los españoles para encerrarlos luego, o detenerlos en los mismos *valla*. Esto último no parecía difícil, pues eran pocos y se hallaban aislados de los suyos. Navius, dándose cuenta de la situación, arrebató al alférez el estandarte del segundo manipulo de los *hastati* y sin reparar en si era o no seguido de sus soldados, se lanzó contra el enemigo de un modo temerario. «Pero cuando llegó a los estandartes de los hispanos, éstos le lanzaron de todos lados una lluvia de venablos, volviéndose contra él la cohorte casi entera» (Liv. XXVI 5, 13 ss.). Nada de esto detuvo a Navius. Por su parte, el legado M. Atilius —continúa diciéndonos Livio— tomando a su vez el *signum*, o estandarte, del primer manipulo de los *principes* de la misma legión, se lanzó contra la cohorte de hispanos al tiempo que L. Porcius Licinius y T. Popilius luchaban con bravura sobre los *valla*. Cuando la fosa de los parapetos se llenó de cuerpos el enemigo, utilizándolos como puente o pasaje, cruzó sobre ellos. En cuanto a los elefantes, éstos fueron muertos, desarrolándose a su alrededor, en el foso, un sangriento combate (Liv. XXVI 6, 1 ss.).

«Cuando Hannibal vió el exterminio de la cohorte española» (Liv. XXVI 6, 6) y la defensa encarnizada del campamento roma-

no, desistió de la lucha. Flacus, por su parte, se retiró también prudentemente.

Dice Livio que esta batalla fue para algunos otros autores, de menor importancia y que, según ellos, hubo más pánico que lucha cuando «los númidas e hispanos cayeron de pronto con sus elefantes sobre el campamento romano» y los elefantes se echaron a correr por todo él, derribando estrepitosamente las tiendas y sembrando el desorden, lo que fue fatal para los mismos atacantes (Liv. XXVI 6, 9 ss.). Añade Livio que esta acción fue la última antes de la rendición de *Capua* a los romanos. El año fue el 211.



Fig. 12. Guerrero ibero a caballo. Bronce de La Bastida (Valencia). Alto 7,5 centímetros. Museo de Valencia. *Caetra* en la izquierda; falcata al cinto y casco con gran cimera.

La fecha y el hecho son de capital importancia en estas guerras. Fue la primera gran victoria de Roma sobre Hannibal, hasta tal punto que, al tiempo que empezó a oscurecerse aquí la estrella del gran estratega púnico, comenzó a brillar la esperanza de victoria en los pechos romanos. La caída de *Capua*, en efecto, marca el comienzo de la segunda fase de la guerra, la decisiva, la que ha de llevar a *Zama*.

La gran operación de ¿distracción? que Hannibal acometió durante el largo sitio de *Capua*, no dió resultado, significando para él otra derrota, ésta más moral que militar. Hannibal, en un momento

dado, abandonó el sitio de la ciudad y, a marchas forzadas, se presentó ante Roma. Tampoco ahora se sabe qué pensamientos, ideas o proyectos tenía Hanníbal a este respecto. El hecho notable, e inexplicable, es que el general carthaginés ni llegó a sitiar a Roma ni pudo con esta operación actuar de ventosa sobre el cerco de *Capua*. Los dos ejércitos consulares y el praetorio de Claudius Nero permanecieron inmóviles ante la ciudad sitiada sin mermar de modo sustancial sus efectivos. Hanníbal, por su parte, después de estar cinco días a la vista de la Ciudad Eterna, determinó retirarse contentándose con devastar la comarca.

EXPLICACION DE LAS FIGURAS DE LAS LAMINAS I y II

Lám. I. Fig. 2. Cuatro aspectos de una misma figura de bronce representando un guerrero ibero con su equipo. Casco, probablemente de cuero; falcata cruzada por delante; escudo redondo (*caetra*), atrás. Lo que lleva cruzado al hombro puede ser un odre (Cfr. Caes. *BC I* 48, 7 y mi artículo anterior pág. 13) o la manta llamada *sagum*. Mide 11 cm. de altura y procede del Castellar de Santiesteban, cerca de Villacarrillo, Jaén (Despeñaperros). Se conserva hoy en el Museo Arqueológico de Barcelona.

Lám. II. Fig. 3 y 4. Tres figuritas de bronce vistas por delante y por detrás, representando guerreros iberos. La del centro vistiendo el *sagum*, que cubre la falcata cruzada sobre el vientre. Lleva la rodela (*caetra*) colgada a la espalda. Se cubre con un casco ceñido y lleva trenzas, probablemente para defender el cuello de los tajos de espada. Otra lleva un traje muy ceñido que cubre sólo el tronco y sujeta un cinto. Cabeza defendida por un casco. La tercera de las figuritas viste un traje similar y carga a su espalda el escudo redondo. La falcata al lado izquierdo. Bronce. La mayor mide 8,5 cm. de altura (Col. Gómez-Moreno).

Lám. III. Fig. 5 y 6. Frente y reverso de tres figuritas de bronce ibéricas representando guerreros. La del centro con *sagum*, rodela a la espalda y falcata cruzada a la cintura. La de la derecha con casco probablemente de cuero, *caetra* a la espalda, y espada corta, o puñal, a la cintura. Cruza el pecho un odre o un *sagum*. La del centro mide 6,7 cm. (Col. Gómez-Moreno).

Lám. IV. Fig. 7. Tres jinetes ibéricos. Uno, con *sagum* y falcata al cinto; otro, con *caetra* a la espalda y falcata en la diestra; el tercero, con la *caetra* en la izquierda y la espada en la derecha. Los tres se cubren con cascos de distintas formas. Caballos con todos sus arreos.

N. B. Los grabados de las lám. V y VI proceden de D. Ludovico, topografía della bataglia di Canne, *Riv. dell'Institut. Geogr. Militare*, 34, 1954, 239 ss. El croquis de la fig. 1 es una adaptación nuestra del plano publicado en el mismo lugar.